

CHICHARRÓN DE POLLO

Por: El Catador

A ellos dos les encantaba hacer el amor. Cada fin de semana, en que ella no estuviese con la ruler, salían desesperados rumbo a su hotel de siempre. Él llevaba una mochila cargada con todo lo que ella pedía: Una toalla y un par de sábanas limpias –ag, pero es que no sabemos quiénes han estado antes en esta cama-, -ya pues- Caso curioso el de la señora madre de su enamorada. Desconocían si ya se había ganado de cada vez que salían juntos y él se negaba a dejar su mochila en casa, por más que la señora le pidiese no lo hiciera –es peligroso joven- coincidía con que su hija no se encontraba en su periodo.

Ellos salían muy temprano, digamos a las 7 p.m. para encontrar cuartos. Los jóvenes que atendían, ya los conocían –¿por horas?- pregunta de mero trámite -sí- Subían y hacían de las suyas allí dentro (del cuarto y de ella) siempre con protección porque ambos tenían metas . . . claro, esa meta se transformaba en un "te-meto" y durante ese par de horas se olvidaban de todo y escapaban a un mundo apaciblemente más excitante.

Luego de gastar energías mutuamente, venía la hora del desquite, y si salían temprano al y del telo, no era sólo por conseguir un cuarto vacío, sino para encontrar mesa vacía también. En caso llegaran tarde, tendrían que esperar antes de degustar, saborear, masticar y deglutir, la rica porción de chicharrón de pollo que cada sábado inhastiablemente pedían a las señoras de La Cabaña.

Todo había comenzado cuando recién tenían sus primeros roces masturbatorios en el mueble de la casa; y bueno, ella, más que él, siempre quedaba agotada, entonces salió con la locura antojosa –tengo hambre . . . pero ¿sabes qué quiero? . . . una porción de nuggets o de hot wings- y como no estaban en Lima, esto es Trujillo y acá difícilmente

llegarán tales establecimientos, pensó: ¿qué es lo más parecido a unos nuggets? hizo remembranza de cuando venía su madrina, con alguno de sus parejas de turno, y llevaba a toda la familia en su carro los domingos para comer en Huanchaco. Él siempre pedía algo pero no recordaba el nombre . . . ¡ya!, nuggets, como el betún, bueno más bien eran ¡chicharrones! claro, su viejo bromeando les llamaba nuggets, y ambos le rociaban la de mayonesa -¡ta qué rico!- pero ¿esos no eran de pescado? en la playa no van a ser de pollo ¿no? ah ¿y dónde podré encontrar algo parecido por acá cerca? usa la fuerza -¿y si te compro chicharrones de pollo?-, -ya- entonces salió de la casa y se perdió durante casi una hora con el propósito de satisfacer los deseos de su enamorada, porque sabía que a la larga, tanta cojudez daría sus frutos.

Y sí pues, pero antes había de caminar muchísimo. Se quitó bien lejos, hasta llegar a una especie de boulevard, donde se dio con sorpresa que ninguna de las pollerías preparaba los dichosos chicharrones -creo que allá al frente- en efecto, un pequeño local cruzando la pista los tenía siempre listos.

El resultado, una vez comparado con los que actualmente comían cada fin de semana, era frustrante; aún así, él tenía que mandarse un viajezote hasta aquel sitio, sólo por su flaca. Hasta que un día regresando de la casa de unas amigas, se percató de la existencia de La Cabaña -¿qué local es éste?-, -aquí venía con mi mejor amiga, a comer luego del gimnasio-, -y si iban al gimnasio ¿para qué comían luego?-, -es que da hambre pues-, -pero no es lo mismo que tirar tu plata al agua-, -es que acá hacen unos chicharrones de pollo . . . mmm, buenazos-, -¡y por qué no me dijiste que acá los preparaban!, ¡ya no hubiera tenido que hacer tremendos viajezotes!-, -porque nunca me lo preguntaste-

Así empezaron a asistir cada fin de semana, habiendo hecho o no el amor, a comer chicharrón de pollo. Es que eran tan deliciosos, tenían ese no se qué adictivo el cual

propiciaba que siempre se llenara el local. Ellos no sólo iban los fines de semana, a veces, entre semana pasaban por allí y se proyectaban.

En otras ocasiones, como ella no tenía ganas de caminar, él iba y pedía para llevar, pero no se podía conformar con comer el chicharrón nada más; tenía que pedir algún postre de la vitrina mientras esperaba la entrega. El que más le gustaba era el pie de limón, otro era la crema volteada, o sino la torta de chocolate, la cual tenía ese puntito exacto de saladito que no sabía cómo lograban pero producía una sensación diferente a todo cuánto había probado antes.

Con el chicharrón de pollo, ocurría lo mismo, no sabían como lograban el sabor preciso. Sacaban conclusiones, y pudieron percatarse que le echaban algo de maní, y que puede que aquel fuese el ingrediente secreto, pero no podían afirmarlo –tendremos que llamar a Gastón Acurio, y a ver qué nos dice- se vacilaban.

Incluso cuando viajaron a Lima, se dieron cuenta que por más KFC que pidieron, jamás se podría comparar a La Cabaña; y a esas dos viejas solteronas y malhumoradas con cara de perro bulldog que atendían. Si bien con la cara serial nomás espantaban, el principal causante que el local se llenase era sin duda alguna la comida. En La Cabaña, uno no encontraría unas meseras mamacitas vistiendo minifalda-cinturón, pero la comida ¡ta qué comida! de eso nadie podía quejarse jamás. Porque tampoco se puede menospreciar: el lomito saltado, lomo a lo pobre, pollo a la rusa, cabrito, arroz con pato, pollo broaster, uff, me muero . . .

Una noche sábado, luego de haber tenido una gran y apasionada jornada de sexo. La pareja llegó un poco más tarde de lo previsto, lo bueno era que todavía quedaba su plato preferido –puedo estar llena, puedo no tener hambre, puedo dejar de comer todo, pero del chicharrón de pollo de La Cabaña no me cansaré jamás-, -yo tampoco- y siguieron conversando de diversos temas.

Habían cerca sólo dos mesas ocupadas, una con otra pareja quienes eran algo mayores que ellos; y en la otra, un señor con su hijo, niño todavía, los cuales ya estaban terminando de comer.

Entonces llegó el ansiado chicharrón de pollo, claro que no venía solo, lo acompañaban unas empataadas papazas fritas junto a la ensaladaza que haría delirar a cualquier carnívoro –manya, yo no soy de comer mucha ensalada pero esta tiene un sabor . . . un saladito, acidito, dulcecito, que no se qué es- todos esos efectos producidos por el jugo de la ensalada y la mayonesa casera –oe pero esta mayonesa, pucha, tiene ese no se qué. . . - mientras iban comiendo, tomaban mucha gaseosa, sobre todo él.

Para cuando se dieron cuenta, ya se habían quedado solos y eran los últimos que faltaban para cerrar –pucha gracias amor, ha estado rico-, -sí, lo sé-, -pero mira, durante todo estos dos años en que hemos venido cada fin de semana, sólo hemos engordado más de lo debido-, -sí, eso dicen todos, pero a la mierda con la gente, que hablen lo que quieran, en vez de entrometerse en los asuntos de los demás, deberían mirarse a sí mismos y dejar de joder-, -no, pero mejor hay que venir cada vez con menor frecuencia, de paso que ahorramos-, -¿tú podrás?-, -no, no lo creo-, -ya pe, tonces pa' qué hablas, si después que lo hacemos te da un hambre feroz-, -es que es tan rico-, -lo sé-, -me refiero al chicharrón-, -ah, bah-, -toy bromeando-, -aaajá, oe y en Lima cómo rogabas por un chicharrón de pollo de La Cabaña-, -ja, ja-, -mira voy a pagar la cuenta y luego voy al baño, ya para quitarnos, porque estoy con un sueñazo, aparte me has dejado recontra agotado-, -tú también-

Él se levantó de la mesa en dirección a la barra, sacó su billetera –¿cuánto es señora?-, - a ver . . . 13.50-, -ya, cóbrese- siempre le daba un billete de 20, con el propósito que lo cambiase y pueda regresar tranquilo en taxi a su jato, ahorrándose el chongo que el chofer del mismo le ocasionaría por carecer de sencillo –Ñora, puedo usar el baño por

favor-, -pase joven- wazu hace rato que quería chicar, a ver el pasillo, la puerta a la derecha, ahora la puerta hacia el baño, esto parece un laberinto, me siento como Teseo o Dédalo, no sé, la casa de Asterión, uff, la puerta del baño ¡a orinar!

Luego de lavarse las manos, salir del baño y cerrar la puerta, caminar rumbo a la salida, su nariz se ganó de algo, manya ¿y ese olor? mmm, huele riquísimo. Empezó a caminar con cuidado, para no asustar a nadie, siguiendo el extraño aroma. No era nada más que la cocina que habían instalado en el patio de la casa. Olía como a ¡más chicharrón de pollo! seguro que lo harán para ellos, o para el desayuno ¡qué rico será desayunar chicharrón de pollo! pero el de La Cabaña, ah.

Había dos jóvenes mujeres, vestidas de blanco mismas chef, bueno más bien eran asistentes del chef, porque el señor dueño era el "Maestro", sus dos hermanas administraban el local, y él muy poco aparecía ya ¿qué le habría pasado?

Se dio cuenta de algo, el olor en efecto era a chicharrón de pollo, pero aquella carne que la chica estaba fileteando, no era un pollo, era algo parecido a una pierna rosadita ¿carajo una pierna?, ¿qué pasa? Miró con mayor detenimiento todo el recinto, y cuando elevó la mirada, pudo apreciar que habían cuerpos de bebés decapitados, colgados en gachos de carnicero, las cabezas estaban amontonadas a un lado en el lavadero; y sólo los cadáveres sangrantes se balanceaban con los brazos colgándoles, cada uno enganchado de los talones, manchando de sangre todo el suelo. Él estaba presenciando, justo cuando la otra asistente, muy tranquila, desenganchaba a un niño, lo colocaba sobre un trozo de madera y de un machetazo le separó las piernas del cuerpo, y empezó a cortar los muslos en trocitos, los cuales fue echando en un recipiente, mitad pan rayado y maní, wau estaba en lo cierto, para luego echar al aceite hirviendo cada trozo de bebé. Una de ellas fue a abrir el refrigerador y sacó un pomo grande, lleno de agua turbia, parecía como encurtidos; en él había un feto, la chica lo extrajo y con un cuchillo

le abrió el pecho, le arrancó todas las vísceras, las cuales colocó en otro recipiente, recogieron toda su sangre y la vaciaron en la bandeja de la batidora, junto con el chocolate y el aceite, él no podía más, estaba a punto de vomitar, trató de alejarse lo más rápido posible, como para no crear sospechas.

En eso sintió una mano que le agarraba el hombro. Asustado por la impresión, empezó a correr lo más rápido que pudo por el pasadizo laberíntico. Al llegar a la sala, la puerta estaba cerrada y su flaca había desaparecido, sintió los pasos de quién se estuviese acercando, volteó su rostro, era la señora furiosa que llevaba puesto un mandil blanco impregnado de sangre, agarraba un cuchillo en su mano derecha, fue allí cuando él bajó su mirada y se ganó que su flaca yacía inerte en el piso, mirando al techo con ojos asustados, la sangre que de su cuello emanaba, se iba coagulando lentamente; por consiguiente, él sabía que también estaba perdido, luego se dejó hacer lo que quisieran. Sólo pudo sentir como de un rápido y certero tajo, la señora había cortado su yugular. Todavía podía vislumbrar que ahora era su sangre la que iba manchando todo el piso. Para cuando sus ojos empezaron a nublarse y la luz iniciaba su corto terminar, él yacía intentando vanamente dar sus últimas inspiraciones, manchando su ropa y el piso con fluidos corporales.

-¡Qué suerte la nuestra! con estos gorditos tenemos para toda la semana-